



Investigadora del Grupo ETC (silvia@etgroup.org).

## Río+20: los verdes y los maduros

Silvia Ribeiro



Se cumplen 20 años de la realización de la Cumbre de la Tierra en Río de Janeiro, lo cual motivará una nueva conferencia (Río+20), en Brasil en junio 2012. Aunque lo principal debería ser revisar el estado de los problemas y el cumplimiento de compromisos, los temas en la agenda son “economía verde” y gobernanza ambiental global.

Lejos de una reunión anodina de Naciones Unidas, se anuncia como un escenario de disputa mundial, porque podría convertirse en clave para el reordenamiento geopolítico, consolidando nuevos mercados financieros con la naturaleza, el control de los recursos naturales y de nuevas tecnologías, creando un marco institucional -una nueva estructura de gobernanza ambiental global- que podría facilitar el avance de una economía “verde” en clave empresarial.

Como muestra de esa tendencia, uno de los oradores de la reunión preparatoria para Río+20, organizada por Naciones Unidas en Nueva York a principios de 2011, fue Charles Holliday, presidente del Bank of America. Este es uno de los mayores bancos del mundo, aún en crisis por la especulación global que provocaron, pero disfrutando los miles de millones de dólares del público que recibió como “rescate”. Irónicamente, Holliday estaba allí para promover la economía verde y cómo con ella las trasnacionales van a salvar el



Volver al índice

planeta (aunque no saben manejar su propia casa y lo que les preocupa es salvar las transnacionales a costa del planeta).

Refresquemos la memoria. En 1992 se realizó en Río de Janeiro, Brasil, la Conferencia de Naciones Unidas sobre Medio Ambiente y Desarrollo, popularmente llamada Cumbre de la Tierra o Eco 92. Aunque no era la primer conferencia internacional sobre estos temas, tuvo un rol distintivo colocando en la agenda de Naciones Unidas el tema de la destrucción ambiental. En la conferencia se presentaron tres nuevos tratados internacionales ambientales de Naciones Unidas, a los que se conoce como las “convenciones de Río”: el Convenio sobre Diversidad Biológica (CDB), la Convención Marco sobre el Cambio Climático (CMNUCC) y la Convención de Lucha contra la Desertificación (CNUCLD).

Veinte años después de la Eco 92, las crisis ambiental, climática, alimentaria, energética, de salud, han empeorado a límites gravísimos, pero en lugar de enfrentarlas realmente, la maniobra de gobiernos y empresas sigue siendo cómo evitar cuestionar sus causas: el modelo industrial de producción y consumo.

Ya desde la Eco 92 las transnacionales intentaron hacer una cortina de humo sobre la irrefutable realidad de la devastación ambiental y su responsabilidad en ella. En su lugar, plantearon que con nuevas tecnologías y su particular concepto del “desarrollo sustentable” -que casualmente aumentaba sus lucros- podían ofrecer soluciones de “ganar-ganar”, sin cambiar nada el modelo: solamente con nuevos “negocios verdes”. Ahora, igual que hace veinte años, “economía verde” se

refiere sobre todo al color de los dólares. Pero aunque la filosofía de las empresas es igual, las armas que han desarrollado, principalmente las nuevas tecnologías, como la biología sintética, la nanotecnología, la geo-ingeniería y el desarrollo de varias tecnologías anteriores con esas herramientas, han creado una base mucho más peligrosa, con riesgos aun mayores, como por ejemplo la apropiación y mercantilización de la biomasa planetaria que aún no está en manos de las empresas.

Paralelamente a esos desarrollos tecnológicos que avanzan sin demanda social, sin evaluación, regulación ni supervisión independiente, las empresas (y hasta negocios de los propios diplomáticos) alcanzaron tal nivel de cabildeo dentro de las convenciones de Río, que han llevado a situaciones aberrantes. Por ejemplo, las negociaciones de cambio climático, uno de los temas más acuciantes para el planeta, están entregadas a favorecer los mercados de carbono y los negocios de inversores y las transnacionales más contaminantes, sin hacer absolutamente nada para enfrentar las causas de la crisis climática.

Dentro del Convenio de Biodiversidad avanzan iniciativas para transformar toda la biodiversidad y los ecosistemas en negocios. A esto se dirige el programa TEEB –Economía de los Ecosistemas y la Biodiversidad, por sus siglas en inglés- que propone asignar “valor” (en realidad precio) a cada elemento de la naturaleza. Nuevamente, coordinado por un banquero: Pavan Sukhdev, director del Deutsche Bank.

Todo esto plantea una serie de desafíos que es necesario entender para en-

frentarlos. Organizaciones y movimientos sociales han comenzado este proceso. Los resultados de negociaciones sobre cambio climático, biodiversidad y otras convergerán en Río+20. La intención de muchos gobiernos (sobre todo países industrializados y emergentes) es que los tratados ambientales se sometan, definitivamente, al mercado.

Pero también las luchas sociales y debates críticos que han rodeado esas negociaciones, estarán presentes en Río, desafiando este modelo. Hay muchas realidades y propuestas desde abajo, que realmente pueden sacarnos de las crisis, desde la agricultura campesina y los saberes tradicionales hasta tecnologías diversas y descentralizadas adaptadas a la naturaleza y necesidades reales de las comunidades. Lo que no podemos hacer es seguir ignorando las causas y pintando de verde a los responsables de la devastación.



**Stella Chinchilla.**  
Manifestación de  
“indignados” en San José,  
2011.